

ENEAS RIOSECO VIDAURRE

Bilbao y su doctrina¹

El distinguido escritor señor don Pedro Pablo Figueroa, ha perfilado de una manera brillante el genio del filósofo y reformista chileno en un notable libro que tenemos a la vista, titulado *Historia de Francisco Bilbao*, y en el cual desarrolla conceptos admirables acerca de la obra y carácter distintivos del mártir de los principios liberales y firme apóstol de la democracia chilena, según la comprendía y propagaba en la era funesta del predominio clerical, en 1844.

El señor Figueroa reasume esa historia de uno de los hijos más predilectos de Chile, en el talento y en la bella doctrina de la libertad del pensamiento emancipador de la conciencia y enemigo del fanatismo religioso, en estos capítulos que respiran los gratísimos perfumes de bondad y de caridad hacia sus conciudadanos:

Preliminar. – Introducción. – Primeros años. – La Sociabilidad Chilena. – La Acusación pública. – Primer viaje a Europa. – La Sociedad de la Igualdad. – El 20 de abril de 1851. – El Destierro.

Consta el libro de más de doscientas páginas, en que se revelan la esencia y fines primordiales de la doctrina que enseñó al pueblo el ilustre Bilbao, cuya obra regeneradora reconoce hoy el país, sin otras excepciones que la secta ultramontana, su más encarnizada enemiga de ayer.

Pero la generalidad, la mayoría de los chilenos, rinde tributo de justicia y de admiración al mártir sublime de la idea, a aquel que en la era nebulosa de ignorancia e intransigencia religiosa,

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *El Trabajo* en 1895, y reproducido por Pedro Pablo Figueroa en su edición de la *Obras Completas de Francisco Bilbao*, ed. cit., pp. 247-252, de donde lo hemos tomado.

² Figueroa al respecto dice en 1894: “fue la Sociedad de Artesanos de Copiapó la que inició la obra de reparación a su memoria, colocando en sus salones un retrato al óleo encargado a Buenos Aires. [...] Más tarde, en 1878 [sic], Copiapó inició una suscripción popular para erigir una estatua al esclarecido patriota, a la vez que en Santiago se daban los pasos necesarios para repatriar sus restos. [...] El periodista conservador Zorobabel Rodríguez y el polemista clerical Rómulo Mandiola, publicaron sendos panfletos escarneciendo la memoria del preclaro pensador chileno. [...] Estas dos obras fueron victoriosa y brillantemente refutadas por Eduardo de la Barra en su libro *Francisco Bilbao ante la sacristía*, por Augusto Orrego Luco en un artículo de la *Revista de Santiago*, y Emilio Corvalán Zomosa en una serie de folletines de *La Patria*. [...] Sólo falta ahora, para que la obra de reparación sea completa, que se repatrien sus cenizas y se erija la estatua, modelada por el escultor Plaza, que, fundida en bronce, existe en Valparaíso, representándolo en el momento y la actitud de hacer su defensa en el jurado de 1844. Medio siglo de destierro para tan patriota ciudadano y eminente pensador, es un oprobio para nuestro estado social de civilización” (*Historia de Francisco Bilbao*, 1ª ed., pp. 229-237; la 2ª ed. es en este punto idéntica). En 1897, en la 4ª edición (la 1ª es de 1885) del *Diccionario biográfico de Chile* de Pedro Pablo Figueroa, en la entrada “BILBAO (FRANCISCO)”, se

supo con innegable valor, combatir los vicios y preocupaciones sociales, afrontando la crítica situación de entonces para los derechos y libertad de los ciudadanos, concitándose los furores de la poderosa secta jesuítica, que mandaba sin contrapeso en Chile en 1844.

El autor de la vida y obras de Francisco Bilbao, aboga con evidente justicia, por la traslación de sus restos a Chile y porque se le erija un monumento en Santiago.²

Esta hermosa idea ha sido aceptada con general aplauso por el país: y ya la entusiasta juventud de la capital, ha iniciado la obra reparadora, con reuniones conducentes a solicitar del Gobierno la satisfacción de la voluntad nacional hacia un héroe del pensamiento, hacia un mártir de la libertad de conciencia.

Para hacer más prácticos aquellos buenos deseos y vigorizarlos en el terreno de los hechos, los demás pueblos de la república debían celebrar reuniones análogas, aceptando todo lo que se acuerde en Santiago, a fin de realizar brevemente la obra reparadora de que se trata.

lee, al final, lo siguiente: “En 1896, la Municipalidad de Valparaíso adoptó un acuerdo para adquirir la estatua fundida en bronce del eminente filósofo, por el escultor Plaza, para ser erigida en la Gran Avenida de aquella capital marítima y mercantil, donde el espíritu de tolerancia está tan difundido en la cultura social y popular. Aún continúan las cenizas de Bilbao en el destierro, guardadas con piedad ejemplar por su familia en el Cementerio de la Recoleta de Buenos Aires. Corresponde a la nueva generación de Chile su repatriación. El 16 de mayo de 1897, la Sociedad de Artesanos ‘La Unión’ de Santiago, ha erigido, a su memoria, en el edificio de sus sesiones, una estatua, de tamaño natural, obra del escultor Plaza, en homenaje a su gloria”. Y en la entrada “PLAZA (NICANOR)” se lee, al final: “Ha bosquejado, también, la estatua del filósofo y tribuno Francisco Bilbao [...], entre otras obras de estatuaria que proclaman su celebridad”. Y en la Introducción al Tomo I de su edición de las *Obras Completas de Francisco Bilbao*, de 1897, Pedro Pablo Figueroa a su vez añade: “Hace poco se ha inaugurado en el edificio de la Sociedad Unión de Artesanos, de Santiago, una hermosa estatua, trabajada por el escultor nacional Nicanor Plaza, que representa al popular reformador en el acto de hacer su defensa en el jurado de 1844. Pues bien, este monumento, que debía haberse erigido en una plaza pública, se levantó en privado en el vestíbulo de una sociedad como homenaje de la clase obrera. Estos hechos demuestran que se persiste en mantener eternamente proscrito al ilustre filósofo, para que no se eduque el pueblo con su ejemplo y con sus enseñanzas. Por nuestra parte venimos a protestar de este cruel olvido y de este castigo implacable de más de medio siglo, publicando las obras del glorioso proscrito para que en su lectura se fortalezca el espíritu popular de nuestra patria”.

En otro tiempo, el país, representado por sus clases obreras y lo más selecto de sus hombres públicos, procuró llevar a feliz término un alto deber de justicia, que tal significa la traslación de los restos del filósofo al seno de la patria; pero no fue posible el cumplimiento de tan suprema aspiración, porque predominaban los frailes, que todo lo abarcaban en el país, sin mas mirajes de bienestar que el estrecho y egoísta círculo formado por la secta inquisitorial.

Poderosa razón era esta última, entre otras que expuso don Manuel Bilbao, hermano del ilustre prócer de las ideas, cuando los comisionados para repatriar las cenizas del reformador chileno, le dirigieron una comunicación al respecto en 1872, a su residencia de Buenos Aires, al con-estarles de esta manera:

“Yo preguntaría a Uds. ¿con qué objeto quieren la repatriación de las cenizas de Francisco Bilbao?

La patria del filósofo es la idea por la cual ha luchado y sucumbido. Cuando esa idea triunfa en un pueblo, entonces es muy justo que quieran inmortalizar al hombre que fue un iniciador de la personalidad del ciudadano y aspire a tener en su seno sus restos sagrados.

Pretender repatriar cuando esa patria no ha surgido de su espíritu, cuando los principios que defendiera y propalara el filósofo se encuentran derrotados aún, cuando esa doctrina no ha encontrado aclimatación en las clases sociales, y, en una palabra, cuando sus escritos no han sido admitidos, la idea emancipadora de la razón ha sido rechazada por el pueblo chileno, ¿cómo se explica que quieran la parte material, la forma pulverizada del cuerpo, el cadáver de Francisco Bilbao y no hayan amado y querido el legado de su espíritu, que envuelve la emancipación de la humanidad? Es que los pueblos católicos se contentan con el aparato de las formas y olvidan el culto del deber.

Yo creo muy bien, que la Sociedad de Obreros, como las personas que han contribuido a llevar a cabo la realización del pensamiento de su repatriación, están muy lejos de ser incluidas en mis observaciones; pero estoy muy seguro también que contra ustedes está la inmensa mayoría de los católicos paganos que hay en Chile”.

En 1872, los hechos confirmaban los justos temores de Manuel Bilbao, dando plena razón a sus amargos reproches hacia el pueblo chileno; pero la época actual se diferencia notablemente de aquella, por un espíritu liberal y más armónico, en las continuas evoluciones del progreso y de la ilustración de nuestras masas populares.

Lo que era en 1872 dominio casi feudal y general de las exageradas ideas religiosas en Chile, es en 1895 la época del renacimiento se puede decir de la libertad en todo sentido, desapareciendo en gran parte el fanatismo, que convertía a la República, en los tiempos pasados, en un monasterio de la Edad Media.

Don Manuel Bilbao puede contemplar con dulce complacencia y con el corazón henchido de un legítimo orgullo, que el pueblo chileno, en su mayoría liberal, reclama unísono las cenizas del gran filósofo, para que reposen en su propio hogar e inmortalizar su nombre en el bronce, como un alto y sagrado deber del pueblo hacia el apóstol que lo regeneró, abriéndole los hermosos horizontes de la libertad y de la conciencia de sus deberes y derechos más preciosos.

El noble hermano que le sobrevive, no podría hoy alegar los mismos fundamentos que en 1872, para oponerse a la voluntad del pueblo chileno, que desea reparar, más que un olvido, la decidia de no haber principiado estos trabajos tan luego como cesó en nuestro país el poder de la sotana, avasalladora de la conciencia humana.

Demos gracias al Todopoderoso, que ha inspirado a nuestra juventud patriótica y a nuestros escritores, la idea de iniciar un acto eminentemente reparador, justo y como débil tributo a los grandes merecimientos de Francisco Bilbao para con la patria y la humanidad.

Las ideas sabiamente inculcadas entonces por Bilbao, han ido fructificando de tal modo, que trasformaron la fanática sociedad del tiempo colonial, en sus costumbres y sistema político, en un centro ilustrado que corresponde a los anhelos de la República, con leyes liberales y previsoras, impulsivas de toda reforma útil para el pueblo, beneficiando todos los intereses, y, en especial, a las clases obreras y desheredadas de la fortuna.

Podemos decir con legítima satisfacción, que Chile goza al presente de mayor suma de libertades que en el período lamentable en que por primera vez apareció entre nosotros el insigne maestro de la democracia y del libre pensamiento, porque en pos del gran Bilbao vino Bello, Lastarria, Arteaga Alemparte, Velasco, Matta, Errázuriz, y tantos otros, imitadores y continuadores

de la bienhechora doctrina que el primero implantara en Chile, en beneficio de las ideas y en pro del engrandecimiento de pueblos y sociedades que languidecían bajo la férula de la siniestra oscuridad que proyectaban a su alrededor los discípulos de Loyola.

“En realidad, es empresa temeraria y arriesgada jugar con el espíritu. Y cuesta menos trabajo despertarlo y producir su aparición, en la noche profunda de una sociedad, que contenerlo y alejarlo, una vez que ha salido del círculo que ha trazado en derredor de él la vara del exorcista y comienza a hacerse terrible el maestro.

Tal fue lo que sucedió en Chile en los años de 1842 a 1844.

La mano sabia y experta de Bello preparó especialmente para este género de cultivo el terreno intelectual; pero, una vez arrojada a los surcos la semilla del estudio y de la inteligencia, la maleza filosófica apareció, y las plantas silvestres crecieron confundidas con las plantas domésticas.

La joven sociedad independiente comenzó a contemplar con deleite su propia imagen en las primeras producciones de una literatura lozana y vigorosa”.³

Después del período feliz de regeneración emprendido por el autor de *La Sociabilidad Chilena*, sobrevino la era de libertad y de anchas franquicias para todos los resortes de existencia de un pueblo de libres instituciones.

Es de suprema necesidad realzar los méritos y virtudes cívicas de Bilbao, repatriando sus restos sagrados y levantándole un monumento que sirva de enseñanza a las generaciones, a fin de que aprendan en la vida y conducta ejemplar del mártir, a mantener los principios con todas las energías de los antiguos patricios de Roma en sus primitivos tiempos.

Solamente así puede hacerse digno de Bilbao un pueblo que practique su doctrina, se empape en ella y continúe siempre por los bellos senderos que ella designa, para no caer jamás bajo los precipicios del fanatismo religioso y de todas las ignominias de la ignorancia.

Bilbao con su doctrina de sabias enseñanzas, ha engrandecido a Chile y a la América.

³ El pasaje es cita de: Isidoro Errázuriz, *Historia de la administración Errázuriz. Precedida de una introducción que contiene la reseña del movimiento y la lucha de los partidos, desde 1823 hasta 1871*. Valparaíso, Imprenta de La Patria, 1877, p. 218.

Apareció cual luz refulgente, en un período oscuro en los destinos de Chile, y mediante la salvadora propaganda de los buenos principios, desaparecieron las sombras fatídicas que amenazaban el puro cielo de la patria en los albores de la independencia.

A Bilbao se debe el presente halagüeño que disfrutamos.

Hoy, contamos con una generación ilustrada que ama con todos los ardores de la libertad y de la República los progresos así materiales como los de la inteligencia, que cultivan, con toda la decisión de la juventud, centenares de seres en los ámbitos de la república.

Chile es grande y glorioso por el patriotismo de sus hijos y por haber entrado en la senda tranquila de las luces que le fijara el inmortal Bilbao con su perenne trabajo sobre *La Sociabilidad Chilena*.